

## **TRES TESTIMONIOS RESPECTO A LA VIDA DE LA HERMANA LEE**

### **TESTIMONIO DE ESTHER CHENG, NIETA DE LA HERMANA LEE**

#### **El modelo de uno que estaba viviendo y muriendo para el Señor**

Quisiera dar un testimonio personal de mi experiencia con la hermana Lee. Como su nieta, crecí con la hermana Lee y pasé una gran cantidad de momentos significativos con ella, llegando a conocerla de manera cercana y personal. Al final de su vida, tuve el privilegio de cuidarla, junto con otros servidores, hasta que atravesó sus últimos meses de preparación para ir con nuestro querido Señor Jesús. Me gustaría honrar a mi abuela al compartir con ustedes algunos aspectos de su vida, la cual compartió conmigo y asimismo, algunas de mis experiencias con ella.

#### **La hermana Lee fue un modelo de uno que estaba viviendo al Señor**

En 1954, cuando la hermana Lee era profesora en Tainan, hubo una ocasión en que estaba enferma de un malestar estomacal del cual no se mejoraba. Esto le hizo buscar al Señor desesperadamente y le preguntó al Señor qué debía hacer. La respuesta del Señor fue, “conságrate a ti misma”. En medio de su tribulación, una de sus estudiantes, una joven de diecinueve años, quien también era joven en el Señor, acudió a visitar a la hermana Lee en su cuarto. La hermana Lee era una profesora popular y era como una madre para esa estudiante. La hermana Lee le pidió que le leyera la Escritura. Sin conocer la experiencia por la cual estaba pasando la hermana Lee, la joven hermana abrió la Biblia y leyó Romanos 12:1, que dice: “Así que, hermanos, os exhorto por las compasiones de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro servicio racional”. Al oír esta palabra, la hermana Lee lloró e inmediatamente quedó clara de que esa era una confirmación de parte del Señor. No fue sino hasta ese momento en que ella tuvo una consagración sólida para el Señor respecto a su vida y se consagró a sí misma para el Señor sin reservas. En 1955 cuando se le preguntó a la hermana Lee si le gustaría servir al Señor de tiempo completo, ella fue delante del Señor respecto a este asunto, y la palabra del Señor fue: “¿No eres tú una persona consagrada?” Ella experimentó paz y gozo internos de parte del Señor y no tuvo ningún conflicto.

Hacia el final de 1959, cuando algunos hermanos le preguntaron sobre su sentir acerca de casarse con mi abuelo, el hermano Lee, la hermana Lee me dijo que ella oró. En su comunión con el Señor, la respuesta del Señor fue de nuevo directa y simple, “¿No eres tú una persona consagrada?” Uno que se ha consagrado al Señor no tiene derecho de decir nada. Cuando la hermana Lee fue a su hermano mayor, quien era doce años mayor que ella, a decirle respecto de su boda con el hermano Lee, él le puso dos condiciones. Una de las condiciones que él dio era que una parte de los ingresos del hermano Lee se apartara para la hermana Lee. A lo que ella le respondió que, eso de reservar algo para sí mismo, era según los estándares mundanos, le dijo a su hermano mayor que ella era una persona consagrada al Señor y que no pretendía asegurar ninguna clase de bienestar aquí en la tierra y que jamás solicitaría eso. Le dijo que si el Señor la colocaba en una situación donde hubiera abundancia, estaba bien y si la colocaba en una situación de pobreza, estaba bien. Pero ella no deseaba preservar nada de esta tierra como alguna seguridad para sí misma. Su hermano se disgustó y le dijo que era muy necia al no escucharlo. Cuando la hermana Lee aún vivía, me dijo que si su hermano mayor aún viviese, le diría que aun entonces no deseaba nada.

Durante el período de su compromiso, el hermano Lee tenía algunos vestidos hechos para la hermana Lee. Él escogió la tela y asimismo diseñó los vestidos. También la llevó para conseguir un par de zapatos fabricados. La hermana Lee nunca puso mucha atención a sus pies, sabiendo de antemano que era difícil comprar zapatos, ya que sus pies habían sido vendados cuando era joven. El hermano Lee tenía dos pares de zapatos hechos para ella, un par era para viajar y otro para usarlos diariamente. Hubo alguien en la tienda de zapatos que esparció

rumores de que el hermano Lee había gastado mucho dinero al comprar zapatos para la hermana Lee. Debido a esto, durante muchos años la hermana Lee prefirió usar solamente los zapatos de tela hechos a mano por su cuñada. Nadie dijo nada más después de eso. En su juventud ella era extrovertida, activa en los deportes, polémica y como estudiante, profesora y compañera de trabajo, vivió todo el tiempo una vida corporativa. Sin embargo, una vez que se casó con el hermano Lee, entró en una vida de restricción.

En su vida matrimonial con el hermano Lee, mi abuela no solo tomó cuidado detallado de su salud, sino que llevó el mismo yugo junto a él con fidelidad. Su consagración al Señor fue absoluta e inmovible a lo largo de su vida mediante su servicio para con el hermano Lee. Al principio de los 80 el hermano Lee y la hermana Lee estuvieron viajando por Hong Kong por un entrenamiento. El hermano Lee, sabía cuan profundamente amaba y extrañaba la hermana Lee a su hermano mayor, a quien no había visto desde 1948, entonces él animó insistentemente a la hermana Lee para que se diera la oportunidad de visitarlo. La hermana Lee meditó profundamente acerca de ello y eventualmente tomó la difícil decisión de no ir. Su respuesta al hermano Lee fue: “¿Si cualquier cosa te sucediera durante mi ausencia, como podría regresar y encarar al Señor?”

Cuando el hermano Lee y la hermana Lee viajaban juntos a las diversas localidades, frecuentemente los santos preparaban las condiciones de vivienda para ambos. Durante una conferencia durante la parte final del ministerio del hermano Lee, ella se dio cuenta de que había solo una cama buena en el apartamento en donde se quedaron. Así que le dejó la mejor cama al hermano Lee para que durmiera, ella tomó las cobijas y durmió en el piso. Por la mañana colocó las cobijas de nuevo sobre la cama de modo que ni siquiera la hermana servidora que viajaba con ellos se enteró. En una ocasión en sus viajes por el Lejano Oriente, los hermanos locales allí tuvieron buen corazón y compraron un colchón nuevo, así que había un colchón viejo y un colchón nuevo para que ellos durmieran. Pero era muy caluroso y húmedo allí, y dormir en un colchón nuevo era inimaginable para ellos. Así pues la hermana Lee dejó que el hermano Lee durmiera en la vieja cama, luego ella cubrió tres sillas del salón de reunión y durmió en ellas.

Con sus propias palabras la hermana Lee dijo, “recordando todos esos años, solo puedo decir que todo es la gracia y la misericordia del Señor. Todo lo que necesitamos hacer es simplemente permanecer en una posición consagrada. ‘¡Levántate!, la santa ganga aprovecha.’ Nosotros no tenemos nada. Lo único que tenemos es a nosotros mismos. Yo he ganado tanto de parte del Señor. Su fidelidad nunca ha fallado ni me ha dejado. Nunca he carecido de nada. Cada día Él me suple con Sus riquezas. El Cristo todo-inclusivo vive en mí y nada me faltará. Cristo en mí es la esperanza de gloria. La Nueva Jerusalén será mi fin. En el mundo nuestro porvenir se ha vuelto cenizas, pero en el ámbito divino y místico, tenemos la esperanza de gloria, la cual tiene como resultado glorioso la Nueva Jerusalén. Lo que hemos entregado al Señor no es una pérdida sino ‘el fragmento de la totalidad.’ Entre más toma usted el camino de la consagración, más gozoso se vuelve, y más se percata de cuan fiel es Dios. Aquellos que han tomado este camino pueden testificar de que no necesitamos estar ansiosos y de que Él es rico”.

### **La hermana Lee fue un modelo de alguien que no solo estaba viviendo para el Señor sino también estaba muriendo para el Señor**

El 11 de Octubre del 2012, cuando le dije a la hermana Lee acerca de su condición, de que el cáncer se había extendido hasta los huesos de su espalda baja, su respuesta fue muy madura y firme. Inmediatamente respondió recitando Romanos 8:35-39, “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Según está escrito: “Por Tu causa somos muertos todo el día; somos contados como ovejas de matadero”. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni potestades, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”. Luego ella me dijo, “El

Señor me ha pastoreado toda mi vida. A mi Padre Dios, digo, 'Amén' A Satanás, el enemigo, digo, '¡No!'" Así inició la última carrera de su vida.

No mucho después, la hermana Lee me dijo: "Esther, sé fuerte. No llores. Quiero que vayas conmigo hasta el final". Era una carga difícil la que me estaba encomendando. Ella era solemne, y muchas veces antes de ir a la cama, me decía, "Cuando yo duerma, tú duermes. Cuando yo coma, tú comes. De esta manera tú puedes ir conmigo hasta el final". En este andar con ella, yo vi un modelo de uno que era maduro no solamente en la vida humana sino asimismo en la vida espiritual.

La hermana Lee no estaba apresurada, y no estaba apurándose para madurar en el final de su vida, porque ya era madura. Ella siguió con un andar regular con el Señor cada día, hasta que ingresó felizmente en el Señor a quien amaba.

La hermana Lee siempre estaba preparada para predicar el evangelio. A mediados de octubre, en el camino rumbo al hospital, en la ambulancia, el paramédico le preguntó a la hermana Lee, "¿Cuál es su secreto para una vida larga?" La hermana Lee respondió alegremente: "¡Como de forma sencilla, hago ejercicio y creo en el Señor Jesús!" Mientras esperábamos para ser admitidos en la sala de emergencias, ella se dio la oportunidad de compartir el evangelio con dos jóvenes.

Era siempre agradable y gentil con cada uno de nosotros, a pesar del continuo menguar de su salud, toleraba nuestras múltiples y variadas imperfecciones y debilidades día y noche. Era también muy gentil con todos aquellos que la visitaban, a pesar de que estaba muy cansada.

La hermana Lee no oraba para que el Señor la curara de su enfermedad. En diciembre pasado tuvo un tiempo difícil para ingerir alimentos, al grado de que solo comía dos cucharillas de alimento. Le dije a mi abuela, "Popo, si no comes, no tendrás las fuerzas para orar". Inmediatamente su rostro se iluminó y después que se despertó de su siesta en la tarde, ella tuvo hambre y deseos de comer. Me pidió que le dijera cuando era la hora de comer y que ella trataría de comer. Cuando otros venían para verla y orar por ella, frecuentemente tornaba las oraciones que eran para ella y oraba por el recobro del Señor, para que Él fortaleciera Su recobro. Oraba por las conferencias venideras y por el entrenamiento, por la liberación de la Palabra y por el fortalecimiento de los hermanos.

Durante el curso de su enfermedad, la hermana Lee jamás se quejó. En cada oportunidad agradecía al Señor por Su gracia y misericordia para con ella y recibía cada día como de parte del Señor. Aun durante las últimas semanas de su vida, cuando estaba deseando ardientemente partir y estar con Él, el Señor la mantuvo aquí en esta tierra para prevalecer y pelear una última batalla espiritual por la verdad.

La hermana Lee nunca dejó de disfrutar al Señor y seguido deseaba memorizar versículos. Cuando hizo una llamada a una de sus antiguas estudiantes, quien vive en el Área de la Bahía, su estudiante le preguntó si estaba comiendo y durmiendo bien. Ella no sabía que la hermana Lee no había comido desde hacía muchos días. La hermana Lee le respondió: "Vivir en esta tierra no es para comer ni para dormir. Sino que vivir en esta tierra es para disfrutar al Señor y disfrutar los pastos verdes", Durante esos últimos seis meses y medio yo pude atestiguar la fidelidad del Señor para con ella. La provisión amorosa del Señor comenzó al colocarla bajo el cuidado de un doctor, un creyente querido. Mediante su visión y cuidado, su dolor fue controlado y no sufrió tanto. Ella fue capaz de terminar su carrera de una manera confortable. El Señor proveyó seis hermanas servidoras de diferentes entornos para cuidar de ella las veinticuatro horas del día, y Él nos suplió a todos de una forma imposible de comprender. Él también proveyó la enfermera de cuidados terminales apropiada, quien fue más allá de su capacidad profesional y tuvo cuidado de ella. El Señor tomó cuidado de todos los asuntos de la hermana Lee, desde los grandes detalles hasta los más pequeños. Ella no fue avergonzada en

ninguna cosa, y Él la llevó de una manera digna.

El Señor honró a la hermana Lee y la bendijo con una partida triunfante y gloriosa que excedió su propio deseo. La hermana Lee había solicitado que si fallecía durante su sueño, quienquiera que se diera cuenta de ello proclamara, “¡Jesús es Dios, Aleluya!” En lugar de eso, durante la hora y cuarenta minutos completos antes de partir, ella estuvo junto con un grupo de diez santos - orando, cantando, disfrutando serenamente - hasta que imperceptiblemente pasó de un reino al otro. Menos de un cuarto de hora antes de fallecer, sonrió y dijo, “Aleluya”.

Atesoro a mi abuela, y atesoro todos los días que estuvimos juntas conforme al arreglo del Señor. Como muchos de ustedes, amo muchísimo a mi abuela, la hermana Lee, y siempre la extrañaré. Que podamos seguir andando como ella hasta el fin, viviendo una vida consagrada para el Señor, en unidad con Él, tomando cuidado de Sus intereses en esta tierra, hasta que terminemos nuestra carrera y nos reunamos de nuevo.

¡Qué tesoro para nosotros y qué tesoro para el Señor!

### **TESTIMONIO DE NATHAN CHANG, ESPOSO DE LA NIETA DE LA HERMANA LEE**

Antes de relacionarme con la nieta de la hermana Lee, conocí a la hermana Lee solo de lejos. Yo no la conocí intrínsecamente, pero gracias a mi esposa, y gracias a mis dos niños, pude conocerla un poco mejor. Durante los últimos 10 años tuve el privilegio de estar bajo el cuidado de la hermana Lee y pude observarla en todo tipo de situaciones. La vi haciendo decisiones pequeñas; y la vi haciendo decisiones mayores, decisiones que cambian vidas. La vi gozosa, feliz, y regocijándose en el Señor - lo cual era en la mayor parte del tiempo; pero también la llegué a ver atribulada, desanimada, buscando al Señor con desesperación. La vi pastoreando a otros, delicadamente, amorosamente; y la vi pastorear de una forma disciplinante. Vi como trataba a los demás; y vi como los demás la trataban a ella. Vi como ella recibía toda clase de visitas; y vi como ella estaba, luego de que esas visitas se marchaban. Vi como vivía su rutina de día en día; y vi como trataba con circunstancias inesperadas o en ocasiones indeseables.

Para resumir mis observaciones: ¡Qué Dios-hombre! ¡Qué ser humano tan maduro, elevado, noble y lleno de gracia!

Ilustraré mis observaciones acerca de la hermana Lee en 4 puntos:

#### **Punto #1: Era muy cuidadosa y llena de gracia en su trato con los demás.**

Hay muchas anécdotas acerca del cuidado de la hermana Lee por la salud del hermano Lee, o por la salud de otros santos. En la mayoría de los casos, su consejo en este renglón se limitaba a algunos principios simples, el principal que yo recuerdo era: ¡No comas demasiado! Trata de solo comer hasta que estés 80% satisfecho.

Pero en el tiempo que yo conocí a la hermana Lee, su cuidado por el bienestar de los demás en el ámbito psicológico y espiritual fue más significativo que su cuidado en el ámbito físico. En numerosos casos vi como ella tomaba ciertas medidas especiales para que los demás quedaran protegidos de rumores, vergüenzas, culpas, o malos entendidos. Vi como visitaba a otros en el tiempo preciso, en que aquellos se estaban sintiendo solos o menospreciados, con su sonrisa que impartía vida, con su preocupación amorosa, y siempre con una breve y simple palabra que impartía vida.

¿Cómo tener un buen matrimonio? “Tú necesitas ser transformado”

¿Cómo ser transformado? “Cuando camines, camina y habla con el Señor; Él te transformará”

¿Cómo ser feliz? “Canta al Señor todo el día - es mejor cantar que estar quejándose”

**Punto #2: La hermana Lee se consideraba a sí misma como una sierva indigna.**

Pablo dice que los creyentes deben sufrir el agravio en lugar de traer alguna queja en contra de otro creyente. Pero yo vi como la hermana Lee iba más lejos en este ámbito - el ámbito de aquellos que preferían sufrir el agravio. Ella se consideraba a sí misma como una sierva indigna. ¿Cómo puede un esclavo ser ofendido? Debido a esto, la hermana Lee trascendía por encima de cada situación. Cuando yo pensaba que la hermana Lee debía tener una opinión, e incluso cuando posiblemente tenía una, simplemente decía, “Sin opinión”, o bien, “Dejemos que los hermanos decidan, no tengo ninguna opinión”.

Aún en las pequeñas cosas, se consideraba a sí misma como indigna. Nadie, a sus 90 y tantos años de edad esperaba poder subirse al escritorio y cambiar una bombilla. Pero ella no diría nada, ya que no quería causar molestias a los hermanos; se sentía poco digna.

Pero evidentemente era muy digna. Cuando estábamos sirviéndole, sentíamos que estábamos sirviendo al Señor. ¿Qué clase de persona es ésta? Se consideraba a sí misma como una esclava indigna, ¿pero cuándo hacemos algo para ella es el Señor quien recompensa? Yo mismo y los demás podemos testificar que el Dios de la hermana Lee está cubriendo todas nuestras necesidades de acuerdo a Sus riquezas, en gloria, en Cristo Jesús. (Fil. 4:19)

**Punto #3: La hermana Lee era una abuela, compartiendo su fe con nosotros y con nuestros niños, amándonos práctica y humanamente (2 Ti. 1:5)**

En este punto, por favor permítanme compartir algo por el bien de mis dos hijos, Anastasia y Benjamín. Ellos tienen 6 y 3, y en sus cortas vidas, ellos han pasado más tiempo con la hermana Lee que conmigo, que soy su padre. Por años ellos compartieron sus alimentos con la hermana Lee, y por supuesto, todas sus horas de caminata. La hermana Lee no tenía dientes, ni tampoco ellos, así que por años ellos literalmente comían la misma comida. La hermana Lee se sentaba cada vez con ellos por horas, hablándoles, cantándoles, jugando con ellos, retándoles, enseñándoles a hacer lo mismo que ella.

Con Anastasia, la hermana Lee todavía podía moverse fácilmente, (N.D.T. todavía caminaba), así que daban largas caminatas juntas, jugando y recogiendo flores. Ellas eran buenas amigas. Una vez, en Grace Gardens, (N.D.T. los apartamentos de los entrenantes cerca del edificio del Living Stream en Ball Road), si usted hubiese ido por la calle, cerca del mediodía, se habría encontrado a Anastasia y a la hermana Lee, descansando allí, de espaldas, a la mitad de la calle, viendo hacia el cielo, y riéndose. No sabemos cómo Anastasia convenció a la hermana Lee de que esta era una buena idea.

Estoy seguro que ella les dijo esto a otros, pero en todos esos años, solamente escuché a la hermana Lee decir, “te amo” a dos personas - al Señor Jesús y a Anastasia. Cada día cuando ellas se encontraban, se daban un beso afectuoso y se decían una a la otra, “te amo”.

Benjamín se acoplaba con la hermana Lee en un nivel que es difícil de explicar. Ella se sentaba con él por horas, día tras día, y se comunicaban el uno con el otro con su mirada y haciendo sonidos (N.D.T. gruñidos), y riéndose uno al otro muy divertidos. ¡La hermana Lee decía que Benjamín estaba hablándole de hecho! Por ese tiempo él tenía solo algunos meses de edad, ella le enseñó a alabar al Señor. Ella cantaba, el rebotaba con anticipación,

y en el momento preciso ambos se abrazaban y ella decía, ¡Alabado sea el Señor! o ¡Aleluya! Luego ambos movían sus cabezas hacia atrás y se reían y palmeaban sus manos juntos. Pensábamos que algo podía estar mal con Benjamín, pues para sus 2 años de vida, él siempre estaba sonriendo y casi nunca lloraba. Mi papá observó una vez lo feliz que estaba todo el tiempo y dijo, “¿Quizás ya sea salvo?”

En ésta y en muchas otras formas, la hermana Lee cuidó de nosotros al cuidar de nuestros niños, infundiéndonos a nosotros y a ellos con amor y fe.

**Punto #4, mi último punto: la hermana Lee era un soldado, no enredado en los negocios de esta vida para poder agradecer al Señor quien la enlistó. (2 Ti. 2:4)**

Muchos han ya compartido sobre este punto, así que me saltaré al final aquí...

El Señor es misericordioso para con nosotros hoy, al permitirnos observar el modelo que tuvimos en la hermana Lee, de alguien que fue trascendente sobre todos los asuntos de esta vida, de alguien que sirvió al Señor como soldado, que peleó la buena batalla, terminó la carrera, y guardó la fe.

**¡JESÚS ES DIOS! ¡ALELUYA!**

#### **TESTIMONIO DE LA HERMANA JULIE GOOD, UNA ENFERMERA DE LA HERMANA LEE**

Yo fui privilegiada en mis años de servir al hermano y a la hermana Lee en su casa al observar y atestiguar lo apropiada que era ella en cuanto al cuidado del hermano Lee. La forma en que cuidaba de él, le permitió a él estar liberado, sin ataduras, y libre para enfocarse en la palabra de Dios y liberar el ministerio de la era. Siempre le servía primeramente a él, teniendo cuidado de sus necesidades antes que de las propias. Ella servía los alimentos de él antes que los suyos, asegurándose que él descansara en la tarde antes que ella lo hiciera, y nunca la vi retirarse por la noche antes de que él lo hiciera.

Ella siempre se aseguraba de que él estuviera reposado antes que ella descansara. Hasta se restringía de asistir a las reuniones, quedándose en casa con él, si él no podía ir, y luego en sus últimos años él quería que se quedara en casa con él todo el tiempo y le pidió que no fuera a las reunión de oración de las hermanas los martes por la mañana, a la cual a ella le gustaba asistir. Voluntariamente, amorosamente, ella se sometía a su a lo que él le pedía. Nunca fui testigo de fricción alguna entre ellos, y la casa tuvo siempre una atmósfera apacible.

Fue una compañera sierva de Jesucristo, quien continuamente se consideraba a sí misma como una sierva inútil, no creyéndose alguien especial y no teniendo expectativa de ser merecedora de recibir algo. Nunca pensó que el Señor proveería tal cuidado para ella al final de su vida. Sentía como si fuera una carga para nosotros y oraba, “Señor, libérame y también a todos los que me rodean”. A pesar de que le asegurábamos que su cuidado era la provisión del Señor para ella y un arreglo divino, todavía estaba preocupada de que estuviera manteniendo a los que les servían, alejados de sus vidas y de sus familias. Nosotros le decíamos a la hermana Lee que eso era un privilegio.

En todos los años de servicio con ella y con el hermano Lee, nunca la vi perder su temple y siempre mantuvo su compostura. Aun cuando el dolor al inicio de su enfermedad era muy fuerte, ella guardaba su compostura y dignidad.

Una cosa sobresaliente para mí, es que era tan apropiada en todas sus relaciones. Nosotros como servidoras

nunca experimentamos ninguna miel en nuestra relación con ella; todo era apropiado y para la edificación del Cuerpo. Decía que nos veía como materiales para la edificación del Cuerpo del Señor y que nuestras experiencias con ella y unos con otros eran para el edificio de Dios.

Después que escuchó de la comunión en la conferencia de Acción de Gracias para orar, ella me dijo: “Nosotros necesitamos orar, necesitamos utilizar todo nuestro tiempo en orar, no debemos de tener un hablar ligero, ni murmurar. El Señor me dijo que no me queda mucho tiempo y que ahora necesito usar mi tiempo en orar. Es correcto, tornemos toda murmuración en oración y toda crítica en oración”. Y esto es lo que he atestiguado hasta el día en que ella partió con el Señor.

Ella amaba muchísimo al Señor y a Su recobro. Amaba la aparición del Señor y no podía esperar para estar con Él. Un día de marzo tuvo un episodio en que su presión sanguínea bajó muchísimo en tanto que estaba sentada en la silla y tuvo la sensación de que se iba. “Me voy”, declaró gozosamente, “¡Aleluya! Señor, bendice Tu recobro”, Ella deseaba que sus últimas palabras fuesen en oración. Esa vez la recostamos y se recobró, mayormente para su desánimo. Ella dijo: “¿Por qué me regresaron? ¿Por qué no me dejaron ir?” Lo sentimos, hermana Lee, no era todavía su tiempo.

Su enfermedad no tomó un curso ordinario. Lo que decía que sucede cuando alguno muere, de hecho nunca sucedió. Ella no se puso adormecida, ni luego se tornó inconsciente y luego murió. No, sino que en sus últimas semanas se tornó más despierta; estuvo recitando versículos y declarando. Ella tenía más vida. Los medicamentos que le administrábamos, los cuales deberían tener como efecto colateral la somnolencia, no tenían para nada éste efecto. Ella estaba más despierta. El curso de su agonía no concordaba con los libros de texto. Eso nos desconcertaba a nosotros y también a los médicos. Lo que estábamos viendo era a alguien cuyo cuerpo físico iba siendo cada vez más débil, pero cuyos órganos vitales seguían funcionando, a pesar de no tomar alimento alguno por treinta y cinco días, había una energía inexplicable en su interior que simplemente parecía ser más y más fuerte. Su espíritu se estaba tornando más y más fuerte, y lo vimos aun dar vida a su cuerpo mortal.

Cuatro días antes de su deceso, me dijo: “Julia, quiero bendecirte. ¿Qué es lo que tú deseas?” Yo dije: “Oh hermana Lee, yo necesito más Dios.” Ella dijo: “Oh Señor, bendice a Julia con más Dios, más Jesús, más Dios”. Prosiguió luego para preguntarme, “Julia, ¿Cómo obtienes más Dios?” Enseguida le respondí. Luego permaneció callada. Me di cuenta de que ella me estaba haciendo saber, “Sí, esa es la manera para obtener más Dios, ve pues y practica lo que me dijiste”. Yo sentí como si ella estuviera llena, estaba madura en vida y lista para reunirse con el Señor.

En la mañana que falleció, quiso sentarse en el borde de la cama. Y así lo hizo durante una hora y cuarenta minutos hasta que falleció. Ella estuvo sentada con su cabeza apoyada sobre el hombro de su nieta Esther. No quiso acostarse. Nos dimos cuenta que su respiración estaba cambiando y pensamos que tal vez estaba agonizando. Los que estábamos con ella en el cuarto comenzamos a cantar, a orar y a declarar, “Jesús es Dios”. Ella estaba sosteniéndose del brazo de Esther y comenzó a andar por sus pies y dijo quedamente, “Me voy, me voy, ¿me puedo ir? ¿me puedo ir?” “Sí,” Esther y yo dijimos al mismo tiempo, “Se puede ir, vaya”. “Aleluya”, ella dijo, “me voy”. Y poco tiempo después su respiración solamente disminuyó, y partió. ¡Ella caminó con el Señor y luego ya no estaba! Fue glorioso. Nosotros atestiguamos su transferencia; solo partió.

Alabamos al Señor por nuestra hermana. Su deceso fue victorioso. Debo decir que desde que la conocí, puedo testificar de lo que yo vi en su vivir y en su morir, que en nada ella fue avergonzada, sino que humildemente, en su cuerpo, ella magnificó a Cristo. Alabado sea el Señor por tal modelo que el Señor nos ha dado.

N.D.T. Nota del Traductor